



REVISTA SEMANAL.

De esta revista se publican 48 números anuales.

Su precio, 2 rs. al mes en toda España, franco de porte.

AÑO 2.º—NÚMERO 13.

DIRECTORA.

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

Granada.—1876.

PUNTOS DE SUSCRICION.

En su redaccion y administracion, calle del Darro del Campillo, núm. 15.

SUMARIO.

La Patrona de la aldea, tradicion, por D.ª Enriqueta Lozano de Vilchez.—**Una herencia de llanto**, por id.—**A la Virgen Maria**, poesia, por D. José Salvador de Salvador.—**Solo un Dios y solo un culto**, por D.ª Enriqueta Lozano de Vilchez.—**Seccion para los niños: Dos flores de un mismo tronco**, por id.—**Comunicado**.

LA PATRONA DE LA ALDEA,

TRADICION.

Santas y purísimas creencias del corazon: sencillas y poéticas tradiciones que, sostenidas en alas de una sincera y piadosa fé, llegais hasta nosotros perfumadas por las rosas que embellecieron nuestra infancia, y estremecidas por las tibias brisas que mecieron nuestra cuna; yo os bendigo! Sí, yo os bendigo una y mil veces, y para recibirlos abro mi alma en que germinan llenas de vida y de frescura, las castas é imprecederas flores del entusiasmo y de la fé.

Mi alma, en que el helado soplo del escepticismo y de la duda no ha marchitado una sola hoja del árbol santo de la esperanza, ni ha extinguido la divina llama de la caridad y del amor!

¡Oh! encantadores y sencillos relatos, que pro-

bais la piedad y sosteneis la devocion del pueblo católico, yo os acojo en mi corazon como un rocío bendito, como una esencia suave, como una vaga y trasparente claridad, á través de cuyos rayos entreveo el cielo!

Yo os acojo, sí; yo creo en vosotras, tradiciones religiosas, escritas en el espacio por la mano de los ángeles, y repetidas á nuestro oido por el leve murmullo de las auras de la tarde.

Yo creo en vosotras, aunque los *espíritus fuertes* sonrian incrédulamente al escucharos, y os encuentren pueriles ó absurdas al someteros al frio exámen de la razon ó de la ciencia.

Yo creo en vosotras, porque en todo aquello que puede ser obra de Dios cabe lo inexplicable, y sus acciones ó los misteriosos caminos por los cuales quiere enviar á sus criaturas favores ó castigos, alegrías ó tribulaciones, no están al alcance de la limitada inteligencia del hombre.

Y si no fuérais obra de su mano, si en vuestro fondo no existiera siempre parte de una divina verdad; si solo fuérais el fruto de una imaginacion rica y florida, yo os amaria y os bendeciria tambien cuando alejais el alma de las mezquinas realidades de la tierra para elevarla á las puras esperanzas del cielo.

Y ¡es tan dulce creer! ¡es tan hermoso el esperar!

Hé aquí si no la sencilla historia de un espíritu confiado, de un corazón que aguarda en Dios!

No hay villa, ni aldea, ni pequeño pueblo que perteneciendo á una nación católica, deje de tener un santo tutelar á cuyo dulce amparo viva confiado.

La Madre de Dios, la purísima Madre de los hombres, bajo sus mil dulcísimas y amantes advocaciones es la protectora de los mas.

Ella, pues, es la santa patrona del pintoresco y precioso pueblo de Jerez de los Caballeros, con uno de sus mas hermosos títulos, el primero quizá entre todos, pues nos recuerda que Dios, por amor al hombre, dejó su eternidad y encarnó en las entrañas de María para salvar al mundo, hechura inmensa de su santa diestra.

¡Misterio augusto en que el Omnipotente dió la primera muestra de su amor, de su predilección, de su acatamiento á la que miraba ya como madre; pues Él, que sacó del caos cielos y mundos y ángeles y hombres, con sola una palabra, con solo un *fiat*, sin necesitar de la cooperación ni del consentimiento de los espacios ni de los orbes ni de los ángeles ni de los hombres para formarlos de la nada, al ir á hacerse hijo de María, al elevarla al puesto de Madre suya, consulta casi su voluntad, aguarda casi su consentimiento para efectuarlo, pues este milagro de su amor, este consorcio entre lo divino y lo humano, no se verificó hasta que los labios de la Virgen respondieron al embajador celestial estas solas y sencillas palabras: *Ecce ancilla Domini, fiat mihi secundum verbum tuum*.

Nuestra Señora de la Encarnación es, pues, la madre, la esperanza, el consuelo y el amor de los cristianos habitantes de la aldea.

El labrador la confía sus campos; el pobre la pide remedio; el enfermo salud; amparo el afligido. Los ancianos le ruegan que vele su lecho de muerte, las madres que tienda su manto sobre la cuna de sus hijos.

Las madres! ay! ninguna ha elevado hasta sus piés preces mas angustiosas, oraciones mas fervientes que María, la pobre enferma abandonada que vive en la mas humilde choza que existe á la entrada del pueblo.

Es viuda; Dios ha llamado á sí al compañero de su vida, al honrado José, que á fuerza de sudor, de trabajos y afanes ha ganado hasta entonces el sustento para ella y para su inocente hija Encarnación.

Pero ¡ay! el sol del verano anterior ha sido demasiado ardoroso, y José, presa de una fiebre ce-

rebral, ha caído bajo el peso de su cruz, en medio del áspero calvario de su vida.

María le ha visto pálido y exánime luchando entre la vida y la muerte, sin auxilios, sin recursos, sin nada. Le ha visto al fin exhalar el último aliento, fijando en ella una mirada; y aquella mujer pura y creyente, no encontrando consuelo en la tierra, ha levantado al cielo sus ojos, y en medio de su intenso dolor, ha contestado al ángel que la ofrecía aquella copa de tribulación: «Aquí está la esclava del Señor, hágase en mí según su palabra.»

Pero ¡ay! que aquel golpe ha sido superior á sus fuerzas, y María al perder la dicha ha perdido la salud.

¡Pobre flor delicada y débil, que cae marchita al derrumbarse el tronco que la daba abrigo!

María no siente morir por ella misma. ¿Qué goces, qué alegrías, qué esperanzas deja en la vida en cambio de los goces, de las alegrías y de las esperanzas con que le brinda el cielo?

Pero ¡ay! es madre! y ¿qué será de su tierna hija cuando ella no esté en el mundo?

¿Quién amará, quién protegerá, quién dará abrigo á aquella triste niña que solo cuenta cinco años?

María no tiene á nadie á quien confiar su pobre ángel, y el llanto anega sus pupilas, y los gemidos brotan de su labio, y sus dolor físico se agrava, empeorado por su horrible dolor moral.

La niña, sentada junto á su pobre lecho, llora al ver llorar á su madre, sin adivinar su inmensa desgracia, y sin comprender la amargura de las lágrimas que derrama.

Aquella inocente criatura sufre, sin embargo, porque tiene hambre, porque tiene frío, y su madre no puede darle calor ni darle pan.

—¡Tengo hambre! dice al cabo de mucho tiempo, obligada por la necesidad, al oído de la enferma; ¡tengo hambre!

María se extremece: una angustia superior á toda angustia oprime su corazón: una gota de llanto ardiente como plomo derretido rueda por sus pálidas y enflaquecidas mejillas.

¿Qué contestará á su hija, si hasta carece de fuerzas para formular una palabra?

—¡Tengo hambre! vuelve la niña á decir.

—Hija mía, contesta la infeliz haciendo un supremo esfuerzo; pide á la Virgen que nos ampare.

La niña fija sus inocentes ojos en el cielo, y mueve con afán sus labios.

¿Qué es lo que dice? ¿qué frases son las que pronuncia? ¿quién lo sabe!

¿Quién puede traducir con la palabra humana el gemido de un ángel, que se eleva hasta Dios?

¿quién puede definir la aspiración de un alma tan triste como inocente, que pide al cielo algo que no logra hallar en este valle de miseria?

De pronto y como contestando á la súplica de la niña, se escucha á lo lejos lento, vibrante y sonoro, el sonido de una campana.

Son las doce: media el día! por segunda vez desde que despuntó la aurora, un ángel del Señor aguarda de rodillas la oración de los hombres, para llevarla entre sus alas ante el trono de luceros de la Madre de Dios.

Maria le escucha, le siente vibrar en su corazón, y conformándose de nuevo con aquel supremo infortunio, reúne todas sus fuerzas y reza con su hija, repitiendo con voz imperceptible las humildes palabras con que la Virgen de Nazaret contestó al Arcángel Gabriel.

Y tras del toque del Ave-Maria, las campanas voltean en señal de regocijo, y músicas y cohetes, y palmas y gritos recuerdan á los habitantes del pueblo que aquel día es la fiesta de su Madre, y que la imagen de la Santa Virgen les espera sonriendo sobre su altar, para concederles gracias y beneficios, á la manera que el amante padre distribuye entre sus hijos dones y caricias y promesas en el día de su aniversario.

—¡Ay de mí! exclama María con doliente acento; ¡ay de mí que no tengo en esta hora nada que llevar á nuestra dulce Patrona, ni puedo engalanar su templo con una luz, con una flor, con una cinta! ¡sería yo tan dichosa si pudiera ofrecerla alguna cosa!

La niña se levanta al escuchar á su madre, y despues de vacilar un instante se dirige á la puerta de la cabaña.

—¿Dónde vas, hija? la pregunta la enferma sin poder adivinar el intento de aquella criatura.

—Madre, la responde con balbuciente voz; ¿no dices que serías dichosa con poderle llevar algo á la Virgen,

—¡Oh, sí!

—Pues bien; yo voy á pedir una limosna á nuestras vecinas, y lo que me den no lo gastaré en pan como otros días: compraré una vela, la llevaré á la iglesia y le diré á la señora, al dejarla en su altar, que tú se la envías.

Un torrente de lágrimas brotó de los ojos de la enferma al escuchar aquellas sencillas frases; la emoción ahogó la palabra en sus labios, y la niña, tomando su silencio por una prueba de asentimiento, salió, dejando sola á la pobre María.

Cuánto tiempo pasó de este modo? ella no pudo saberlo.

El trastorno que la debilidad producía en su cerebro le hacía ver pasar flotando en torno su-

yo, la imagen de la Reina de los Ángeles, y la imagen triste y purísima de su hija, la una pidiendo compasión, la otra ofreciendo misericordia.

Ecos vagos, suaves y melodiosos llegaban á espirar en su oído, y una voz, de una armonía indefinible, parecía murmurar muy quedo en el fondo de su alma estas consoladoras frases:

—«Alienta, hija, mia; si tu cruz es demasiado pesada y te faltan las fuerzas, no desmayes, yo estoy contigo; los gemidos de tu alma han llegado á mi corazón, y tu amor y el amor que has enseñado á tenerme á esa niña os salvarán á las dos. Espera y confía, que tu sufrimiento llegará á su término.»

(Concluido).

Enriqueta Lozano de Vilchez.

UNA HERENCIA DE LLANTO.

Novela original.

(CONTINUACIÓN).

—Coma V., le dijo tímidamente; coma V.; ¡toda la mañana en el bosque!

—¡Bah! ¿quién ha dicho que yo he estado en el bosque? respondió Martín.

—Yo creí....

—Te engañas; yo no tengo necesidad de trabajar: yo tengo dinero, mucho dinero.... y siempre que quiera mi bolsillo estará lleno.

Andrea nada contestó; creía aquellas palabras hijas de la embriaguez, y sobre todo, no se atrevía á contradecir á aquel hombre.

Martín, con esa insistencia propia de las personas beodas, repitió:

—Yo tengo mucho dinero, ¿lo oyes? y no quiero de hoy en adelante comer esa mala sopa ni ese duro y moreno pan: quiero ricas viandas, y buen vino; sobre todo buen vino. ¡Quita de ahí todo esto y sítame una comida de gran señor!

—Pero padre.... exclamó la niña sin saber qué hacer.

—¿Qué? ¿no quieras obedecerme? ¿no quieres? yo haré que no me repliques.... yo haré....

Y cogiendo una punta de la mesa arrojó por tierra cuanto contenía.

—¡Dios mío! murmuró Andrea asustada, viéndola rota su pobre vajilla. Dios mío ¿qué voy yo á hacer ahora?

—No llores, muchacha: toma, toma y compra otra mejor: ¿no te he dicho que somos ricos?

Y Martín al decir esto, y sin saber lo que hacía, sacó de su bolsillo un puñado de monedas de oro, y las arrojó entre los fragmentos del servicio roto.

Andrea se quedó inmóvil.

¿De dónde habia sacado su padre aquel dinero?

La clara inteligencia de aquella niña y la voz de su recto corazón, la dijeron que aquel oro no habia sido lealmente ganado, y que algun misterio se encerraba allí.

—¿Qué es esto? dijo azorada; ¿qué es esto padre? ¿de quién es esta riqueza?

—Mia, mia..... balbuceó el guarda-bosque; gástala sin miedo que aun puedo traer mas..... sí, mas.... mas, porque el Sr. de Enriquez nada me negará....

—¡Oh! ¿qué ha hecho V.? ¡Dios mío! ¿por qué le han dado esas monedas?

—¿Qué he hecho? ahora nada....

—Entonces.... entonces no pueden ser nuestras; no, no pueden.

—¿Cómo! ¿que no son mías? ¡bah! pregunta, pregúntale al viejo si no me las ha dado.... pregúntale si no me ofreció mucho mas la noche que busqué á aquel hombre y le llevé tambien la niña.

Andrea tembló sin saber por qué.

Una idea que la causó horror surgió en su mente.

No sabia, no podia definir el misterio que encerraban las palabras de su padre; pero entreveía en ellas algo horrible como el crimen y sombrío como la desgracia.

Sin embargo, su alma pura y recta rechazó aquel pensamiento con espanto. Aquel hombre era su padre, y en su mente no cabia la idea de que su padre fuese culpable.

—Todo esto es hijo de la embriaguez, pensó: ¡oh! sí: no puede ser de otro modo; su razon extraviada desvaría, y nada de lo que dice tiene un asomo de verdad.

Pero despues, viendo aquel oro que rodaba aun por el suelo, la duda volvió á aparecer, y queriendo á toda costa arrojarla de su mente, se acercó á Martin y cogiendo trémula su mano,

—Padre, murmuró con ansiedad; vuelva V. ese dinero á su dueño, porque sin duda no es de V.; ¡oh! yo no quiero que lo sea; no, no quiero riqueza cuya procedencia es dudosa.

—Calla! niña: que nadie te oiga; calla, te lo mando, ó si no....

Martin hizo un ademán amenazador, levantando la mano sobre Andrea.

Ésta no se intimidó: esperó el golpe sin pensar en ello, y volvió á decir á su padre:

—¡En nombre del cielo! dígame V. qué significa esto; dígame V. por qué me manda guardar silencio; dígame V. quién le ha dado esas monedas.

El guarda-bosque, exasperado, cogió á la niña de un brazo y la sacudió con violencia.

Estaba acostumbrado á que la infeliz no le contrariase cuando los vapores del alcohol turbaban su cerebro, y aquellas preguntas le exasperaban.

—Te he dicho que calles; exclamó furioso ya.

—¡Padre! gritó Andrea, cuyo brazo dolorido se retorcia entre la mano de Martin; ¡padre!

El guarda-bosque dió un fuerte golpe á la pobre niña, y la arrojó contra el suelo sin saber casi lo que hacia, murmurando de un modo ininteligible:

—Yo apagaré tu voz para que no grites, infame; yo haré....

El acento de Martin quedó apagado en su labio.

Andrea al caer se habia herido la sien con uno de los pedazos de las piezas rotas, y un hilo de sangre roja tiñó su pálido semblante.

La vista de aquella sangre produjo en Martin un efecto terrible.

Un vértigo se apoderó de su cabeza: su cuello se erizó, su labio se tornó lívido y sus ojos quedaron fijos y espantados sobre el semblante de Andrea.

—¡Sangre! gritó con acento trémulo y opaco; ¡sangre! ¡oh! ¡habré matado tambien á mi hija, como al conde Arturo Fuensanta?

Y con los brazos extendidos, con la mirada extraviada, retrocedió algunos pasos sin atreverse á acercarse á Andrea, que á su vez ocultaba la frente entre las manos, sin cuidarse de enjugar su llanto ni la sangre que corría de su herida sien.

Martin llegó de aquel modo hasta la puerta de su pequeña alcoba, entró en ella siempre andando hácia atrás, y se sentó en su pobre lecho, sin fuerza, sin conocimiento, sin ideas.

Su embriaguez era terrible y le dominaba por completo.

Al cabo de algunos segundos no pudo resistir mas y se dejó caer sobre la almohada como una masa pesada é inerte.

Durante algunos momentos nada se escuchó en la habitacion del guarda-bosque.

La niña lloraba en silencio, y él era presa de un profundo y tenaz sopor.

Al fin, las lágrimas de Andrea se secaron lentamente, y su dolor, dominado pero no extinguido, se reconcentró dentro de su alma.

Levantóse, y despues de recoger uno á uno los platos destrozados y los vasos rotos, apartó con disgusto el dinero y fué á esconderlo en el armario de su padre; lavó su rostro y aplicó á su frente un paño empapado en agua fria, tratando de borrar cuanto pudo la huella de su pequeña herida.



Arregló luego sus cabellos, y procuró, en fin, hacer desaparecer todas las señas de la pasada escena.

Cuando todo estuvo en su lugar se acercó de puntillas al cuarto de Martín, y viéndole tan intensamente aletargado, entornó la puerta y cerró cuidadosamente la ventana para impedir que la luz turbase su sueño, ó acaso para impedir que viesen el estado de aquel miserable, en caso que alguien penetrase en la habitación.

Andrea estaba pálida y en su frente, tan juvenil y tan serena una hora antes, había impreso un pliegue de profundo pesar. Parecía que habían pasado muchos años por la existencia de aquella niña, ó que una gran desgracia había marchitado con su soplo la hermosa flor de su adolescencia.

¡Ay! era que Andrea, buena, pura, honrada por naturaleza, había comprendido con espanto que su padre tenía sobre la conciencia un crimen, y el peso de aquel crimen la anonadaba.

Ella, feliz y alegre en medio de su pobreza, era ahora muy desgraciada, viendo aquel oro que manchaba su mano y cubría su frente de ignominia.

Y sin embargo, la pobre niña no sabía aun cuanta parte de la conciencia de su padre se había comprado con aquel dinero!

Á cada instante le parecía ver aparecer á la entrada de su vivienda alguno de los criados de la quinta, que venía á buscar á Martín para acusarle, para descubrir acaso su culpa.

Hasta la presencia de Adriana la hubiera causado disgusto en aquel instante, pues por primera vez de su vida se hubiera visto precisada á ocultarle sus pensamientos.

(Continuará).

Enriqueta Lozano de Vilchez.

Á LA VÍRGEN MARÍA.

PLEGARIA.

¡Madre mía! Á tu altar llego contrito
del peso de mis culpas agoviado:
soy de la iniquidad hijo maldito:
concibióme mi madre en el pecado;
mas Tú me salvarás, que es infinito
tu influjo con mi Dios, por mí agraviado;
y al encarnar en Tí, dulce María,
hízote Madre suya y Madre mía.

¡María! La mas bella de las bellas;
la escogida entre todas las mujeres:
mas amorosa aún que todas ellas:
mas grata que la paz de los placeres:

mas limpia que el fulgor de las estrellas:
mas grande que lo son todos los seres:
mas dulce que el perfume de la malva:
mas pura que las lágrimas del alba.

Tu nombre es talisman del albedrío
de Dios, y del mortal escudo fuerte:
al escucharle Dios, su poderío
y su cólera enfrena. Tú á la muerte,
Tú al infierno venciste, cuando impío
Luzbel soberbio revelóse al verle;
y Tú no quieres que Luzbel se nombre,
siendo vencido, vencedor del hombre.

¡Oh Reina de los mártires, sagrada!
¡La primera en virtudes y en dolores!
¡Oh Virgen de las Vírgenes, amada;
cuya célica planta los furios
de la serpiente holló; cuya mirada
es la luz de la luz; cuyos colores
la aurora envidia; cuya voz suave
pretende en vano remedar el ave!

Madre llena de angustias, que, en la cumbre
del tembloroso Gólgota, sufriste
tanta cruel congoja y pesadumbre:
que al Hijo de tu afan llorosa viste,
cercado de la ingrata muchedumbre,
escupirle en el rostro, y no pudiste
de los verdugos fieros libertarle,
y en la escupida faz tierna besarle!

Señora del pesar: víctima herida,
á quien tantos dolores desgarraron
el corazon, asiento de la vida:
tus ruegos y tu llanto despreciaron
las turbas de aquel pueblo deicida....
te vió Jerusalem, te contemplaron
generaciones mil, inmaculada,
y al pié de aquella cruz, crucificada!

¡Y yo tambien te vi! Y el dolor fiero
no rasga mis entrañas!... ¡Y aun yo vivo!
¡Y aun del dolor de tu dolor no muero!
¡Y aun soy del mal y del error cautivo!
¡Y aun en la iniquidad vil persevero!
¡Y aun de mi redencion el fruto esquivo!
¡Y aun la sangre de Cristo por mí corre!
¡Y aun no hay en mí virtud que el raudal borre!!

¡Madre mía! ¡Perdon! ¡Perdon!... Mi boca
tu santidad proclama y tu pureza!
¡Cura con tu piedad mi impiedad loca!
¡Haz que lave mi culpa y mi impureza
de esa sangre la parte que me toca,
con tu llanto mezclada! Mi cabeza
liberta de los rayos del Eterno
y ciérrame las puertas del averno!

Y, cuando muera, cúbrame tu manto
y escúdese mi espíritu en tu seno
de las iras de Dios, tres veces santo,
contra mí de justicia y rigor lleno!
Que, si hoy humilde tus grandezas canto,
tengo valor para morir sereno
si es necesario, y me provoca el hombre,
defendiendo la gloria de tu nombre!

José Salvador de Salvador,

Jaen: 1875.

SOLO UN DIOS Y SOLO UN CULTO.

Novela de costumbres.

(Continuacion).

«La frente de Héctor se contrajo al escuchar estas palabras, y fijó en mí una mirada colérica y amenazadora.

—«Insultas la religion que profeso, me dijo, reprimiéndose con trabajo.

—«No, le contesté; digo solo una verdad, aprendida en las palabras de los mismos fundadores de ese culto que pretendes defender.

—«¿Y desde cuándo, tú, la católica ferviente que ha luchado en silencio entre su esposo y sus creencias: tú, que te horrorizas, no lo niegues, de llevar mi nombre y de ser mia, desde cuándo, repito, has podido ocuparte de los ministros protestantes?

—«Desde que supe que iba á ser madre, y temí que quisieses educar á mis hijos en tus mismas erróneas ideas.

—«¡Ah! y entonces....

—«Entonces, y expiando los momentos en que no pudieras verme, tomaba tus libros, tus autores favoritos, los escondía cuidadosamente, y de noche en la soledad de mi cuarto, en esas largas horas en que te ausentabas y yo te esperaba, leía y meditaba, estudiaba y comprobaba, buscando, Dios me perdone, si habia algo de cierto ó bueno en las doctrinas de esos hombres,

«Harry me escuchaba con asombro.

«Era la vez primera que yo atacaba frente á frente sus convicciones ó sus ideas, con una energía que no se parecía en nada á mis anteriores súplicas.

«Hasta entonces habia sufrido sola y me habia resignado.

«Nuestro hogar habia sido un valle árido y sombrío, no iluminado por la dulce luz de la confianza y de la fe.

«Pero ahora existia mi hija, y aquel frio hogar iba á convertirse en un campo enemigo para Héctor y para mí, puesto que en él íbamos á

«empezar los dos una lucha terrible, una interminable guerra, quizá la mas terrible y tenaz de todas, porque ni cede ni transije nunca; la guerra religiosa.

—«¿Has leído mis libros predilectos? preguntó mi esposo de nuevo.

—«Mucho.

—«Y piensas?....

—«¡Oh! no me preguntes mi opinion: pregúntale á ellos mismos y su respuesta será mas elocuente para tí. Pregunta á Lutero por qué al mostrarle su esposa, religiosa apóstata como él, el cielo azul bordado de estrellas en una noche espléndida y serena, exclamó con un acento escapado de lo íntimo de su alma: «¡Ay de mí! yo nunca le veré! Si el apostol de una religion nueva dice que nunca verá el cielo, ¿á dónde irán las almas ilusas que le sigan por el camino de la vida?

—«La debilidad de un momento, el desaliento de un instante, no son pruebas para juzgar.....

—«Lo será entonces la opinion que emiten unos de otros los propagadores del protestantismo. «Bucero, llama á Calvino «un verdadero perro rabioso;» Ecolampio dice de Lutero «que está seducido por Satanás y dominado por el orgullo.» Bolzec dice que «Teodoro Beza es el oprobio de la Francia.» Los teólogos protestantes de Zurich declaran que los escritos de Lutero tienen algo del infierno, y Calvino «que su escuela es una hedionda sentina de bestias.» Ya ves, Héctor que tus inspirados maestros se conocen perfectamente, y que juzgándolos por sus propias palabras son bien dignos de desprecio.

—«¡Oh! calla, no hables así de esos grandes hombres que estudiaron y analizaron la verdad, y que adoptaron la reforma despues de abandonar la Iglesia católica, porque....

—«Porque fueron arrojados de ella por sus impurezas y sus vicios, desgarrando su seno despues como hijos ingratos de tan santa madre!

—«Basta, Consuelo, basta.

—«¡Oh! no: busca el testimonio de todos los apóstoles del protestantismo reunidos en Berna en 1533: «Entre nosotros, dicen, existen pendenciosos, beodos, libertinos, ladrones.»

—«Calumnias villanas que nada significan.

—«Busca entre las lumbreras de la Iglesia católica, si Pedro, Vicario de Jesucristo; si Pablo, su Apóstol; si Tomás de Aquino, su inspirado Doctor; si Bernardo, canter de los amores de María; si Francisco de Sales, maestro de la virtud, dijeron unos de otros semejantes palabras, ó si deshonraron con uno de sus actos la religion que predicaban.

—«Los propagadores del protestantismo se atacan unos á otros como hombres; pero no atacan la idea que defienden.

—¿Y cuál es? ¿cómo podrás escoger la verdadera entre las muchas que propagan, los calvinistas, los luteranos, los zuinglianos, los presbiterianos, los anglicanos, los anabaptistas, los mómicos, y cien sectas mas, cuando menos; cada una de las cuales se subdivide en otras tantas, que se combaten mutuamente, y que se arrojan al rostro las denominaciones mas injuriosas, llamándose heréticas, cismáticas y mentidas?

—«Consuelo, tu afán de atacarlés te extraña; esas divisiones de que hablas valen bien poco, puesto que si las iglesias protestantes se diferencian algo en sus formas, el fondo siempre es el mismo.

—«Y entonces, ¿por qué Calvino niega que Jesucristo está en la Hostia consagrada, mientras Lutero afirma que realmente existe en la Sagrada Eucaristía?

«Harry nada respondió á estas palabras; pero su impaciencia y su enojo crecían á medida que era mayor mi energía y mi valor para defender mi creencia.

—«Mucho has aprendido en tan poco tiempo; me dijo al cabo con ironía.

—«Es que no era la mujer quien trataba de investigar y de aprender, Héctor; era la madre ¡ay! era la madre.

(Continuación).

Enriqueta Lozano de Vilchez.

SECCION PARA LOS NIÑOS.

DOS FLORES DE UN MISMO TRONCO.

(Continuación).

—Sin duda; ¿pero cómo has podido asustarte de tal modo?

—Si tú supieras! me figuraba que á tí y á mí nos separaban para siempre de nuestra madre, y que luego nos arrojaban en una hoguera para abrasarnos á los dos.

—¡Oh! ciertamente que era horroroso; pero ¿por qué querían abrasarnos vivos?

—Porque éramos cristianos, hermano mío.

El hermoso semblante de Justo tomó un aire pensativo, y preguntó con mayor interés:

—¿Porque éramos cristianos?

—Sí; y todo el pueblo nos miraba, y los jueces gritaban: «que mueran, que mueran si no quieren sacrificar.»

—¿Qué hermoso es ese sueño, y cuánto mas hermoso sería si fuese una realidad! exclamó

Justo mientras sus bellos ojos se animaban con una expresión divina.

—¡Hermano! murmuró Pastor con asombro.

—¡Oh! sí; porque eso sería morir por Jesucristo, morir por el Dios que es nuestro Padre, como Él murió por amor nuestro: ¿no recuerdas, hermano mío, que nuestra madre nos ha dicho mil veces que sería una dicha inmensa el dar la vida por Él?

—Sí, sí; dijo Pastor reflejándose en su rostro una inocente alegría: sí, lo recuerdo.

—¡Morir por Dios! añadió Justo, dormirse en la tierra y despertar en el cielo! cerrar los ojos á la luz del sol y abrirlos en presencia del que es eterna claridad y eterno esplendor! perder en un momento de vista el mundo y los seres humanos, para poder contemplar por siempre á los santos, á los ángeles, á la Pura Virgen María, á Dios mismo, fuente de todo bien, manantial de toda alegría!

—¿Qué lástima que no haya sido verdad! ahora que te oigo veo que mi sueño era muy bueno, y que si hubiera sido una realidad en este momento estaríamos los dos en el cielo ya.

—Y libres de los peligros de la tierra.

—Y coronados de rosas, como aquellos ángeles que nos enseñó el otro día nuestra madre.

—Y elevando un canto de amor al Todopoderoso.

—Y con hermosas alas blancas para volar por los espacios.

—Y al pie del trono de la Madre de Dios, que es madre también de los niños buenos.

—Y sin tener que pasar nunca hambre ni frío ni pesar alguno, porque dicen que en la gloria todo es alegría y todo es bien.

Los dos niños quedaron por un instante pensativos y preocupados por aquellas ideas que se agitaban en su inocente pensamiento.

Ante su imaginación pasaban en risueña perspectiva todas las santas imágenes, todas las encantadoras esperanzas que su madre les había enseñado á vislumbrar después de esta existencia de un día.

Justo al fin levantó la cabeza y fué el primero en exclamar:

—Si tuviésemos valor, todo eso podía realizarse.

—¿De qué modo? preguntó Pastor.

—Yendo á la plaza á confesar públicamente que adoramos y creemos en Dios.

—¿Cuándo?

—Hoy, al salir de casa, en vez de dirigirnos á la escuela.

—Yo soy capaz de hacerlo, exclamó Pastor con un arranque generoso.

—Y yo tambien; añadió Justo con mayor energia que su hermano.

—Pues bien, iremos.

—Nada digas á nuestra madre, porque quizá no nos dejaria salir.

—Bueno, callemos los dos, pero salgamos pronto.

—Ven conmigo antes y pediremos á la Virgen que nos ayude en nuestra empresa.

—Es verdad: madre dice que sin el auxilio de Dios nada bueno puede hacerse.

Y los dos niños, asidos de las manos, fueron á postrarse ante una imagen de la Inmaculada Reina de los Angeles, que colocada entre sus dos blancos y pequeños lechos, parecia estar allí para velar por su dulce sueño.

La oración de los dos hermanos llegó sin duda á los piés de la que es luz de los serafines, pues su plácido rostro parecia animado con una divina sonrisa, y sus inmortales ojos parecian tambien fijarse en los niños y decirles con su celestial lenguaje:

«Pronto, hijos míos, pronto os anegareis en el mar infinito de mi amor: pronto reclinareis la sien en mi blando regazo: pronto el aliento de mi boca perfumará vuestras almas, y sereis como dos flores nacidas en un mismo tronco y colocadas en un búcaro de oro para hermoear el santuario de un Dios.»

(Continuará).

Enriqueta Lozano de Vilchez.

Sra. Directora de la Revista moral y religiosa LA MADRE DE FAMILIA.

Muy Sra. mia y mi estimada amiga: Por acuerdo de la Real Academia Española, el Secretario perpétuo de la misma se ha servido dirigirme la circular siguiente:

Real Academia Española.—Circular.—Con esta fecha tengo la honra de decir al Excmo. señor Marqués de Molins, individuo de número de la Real Academia Española, y actualmente embajador de S. M. Católica en Paris, lo que sigue:

«En su junta de anoche se enteró esta Corporacion de la carta en que V. E., al remitirme un ejemplar de la GRAMÁTICA DE LA LENGUA CASTELLANA, COMPUESTA POR LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA, que en 1874 publicaron en Paris los señores Garnier hermanos, pide explicaciones que le hagan conocer si legalmente ha podido ó no publicarse este libro, con arreglo al convenio sobre propiedad literaria, celebrado entre España y Francia en 1854.

«Examinadas las cuatro partes de que consta dicha GRAMÁTICA, resulta que la *Analogía* y la *Sintaxis* son las mismas de la cuarta edicion aca-

démica hecha á fines del siglo pasado, y varias veces repetida en el presente hasta 1852; que la *Ortografía* es igual tambien á la que publicó la Academia en 1844, 1845 y 1850; y que la *Prosodia* en nada se parece á la de este Cuerpo literario.

«Lo que de sus libros se reproduce en el que V. E. ha tenido la bondad de enviarme, pertenece, pues, á ediciones anteriores al referido convenio internacional.

«La Academia, sin embargo, deja á salvo cualquier derecho que pueda corresponderle; y atendiendo á lo que considera mas urgente y preciso, limitase hoy á declarar que la *Prosodia* de la GRAMÁTICA impresa en Paris, no es obra suya, y que los tratados académicos reproducidos en la misma GRAMÁTICA, son antiguos y muy diversos por su doctrina y por su forma, de los que en varias ediciones ha sacado posteriormente á luz esta Corporacion.

«La cual, por lo mucho que á su crédito importa que esta declaracion sea conocida del público, ha resuelto suplicar con vivo empeño á V. E. y á todos sus individuos numerarios y correspondientes, que se sirvan divulgarla, procurando al efecto que de ella se dé noticia en los papeles periódicos, así nacionales como extranjeros.

«Réstame solo añadir que el nuevo testimonio de aprecio con que V. E. acaba de favorecer á nuestra Academia, no la ha sorprendido en manera alguna, pero sí le ha causado grande satisfaccion.

«Y en cumplimiento de mi deber, traslado á V. S. la preinserta comunicacion por acuerdo de la Academia, á quien prestará servicio inestimable contribuyendo de algun modo al logro de tan justos deseos.

«Dios guarde á V. S. muchos años. Madrid 29 de Junio de 1876.—EL SECRETARIO PERPÉTUO, Manuel Tamayo y Baus.»

Y para satisfacer debidamente los expresados, legítimos deseos de la conspícua Corporacion encargada en nuestra patria de la pureza y fijacion del idioma castellano, tan expuesto á corromperse y depravarse con aquel motivo; ruego á V. que se sirva ordenar la insercion de esta comunicacion en la ilustrada Revista, que tan dignamente dirige; cuyo favor agradeceremos sobremanera á V. la Academia y yo, humilde individuo correspondiente de la misma, y de V. servidor y amigo afectísimo Q. B. S. P.—José Salvador de Salvador.

Granada 19 de Julio de 1876.

Granada. Imprenta de D. Francisco Reyes.